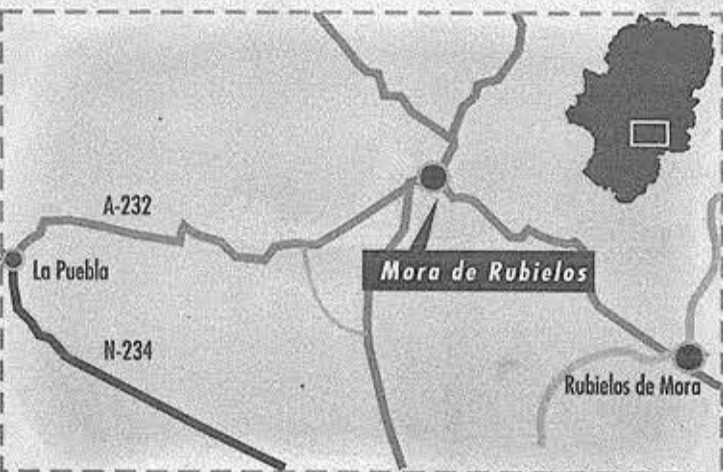


PATRIMONIO
Antonio Sanmartín Edo, de Mora de Rubielos (Teruel)

EL ESQUILERO DE ARAGON

aquí esta



quiénes

En los bajos del confortable chalet que es su vivienda, Antonio Sanmartín tiene instalado el taller profesional. Entorno familiar y laboral se encuentra en un mismo espacio físico, favoreciendo así la visualización de tareas y la transmisión de conocimientos adquiridos entre los miembros del núcleo familiar, al tiempo que garantizan la intimidad de secretos profesionales. Según sus propias palabras, en ese taller trabaja diariamente cerca de doce horas rodeado de planchas de hierro, herramientas legadas por sus mayores, el horno modernizado, una balanza con pesas, afinadas por la práctica y la suma de minúsculos pero preciados aumentos, y los distintos yunques -bigornias- sobre los que martillea pacientemente el material del esquila siguiendo fases precisas. Ahora bien, aunque Antonio ha heredado de su padre el arte de hacer esquilas, éste lo aprendió con su suegro, pues era la familia de la madre la que practicaba el oficio en el que ahora, enriquecido con sus propias aportaciones y mejoras, inicia ya a su hijo de 9 años.

veinte tipos

Antonio Sanmartín fabrica actualmente, en su taller de Mora de Rubielos, 20 tipos diferentes de esquilas, en función de qué animal lo va a llevar.

- Los más pequeños se llaman «tafillos» que a su vez agrupan cuatro tamaños, del menor -el de «hurón»- al mayor -de cordero- pasando por el «robahierbas» y «cazcarrico».
- Los medianos son más abundantes: hay dos tipos de «boretadas», dos de «piquetes», dos de «ovejeras», dos de «carneras», dos de «cabreras», tres de «cañones» y otras tres de «pedreños».
- Los de gran tamaño y fuerte sonido se llaman «pedreños», «tumbas» o «bambarras».

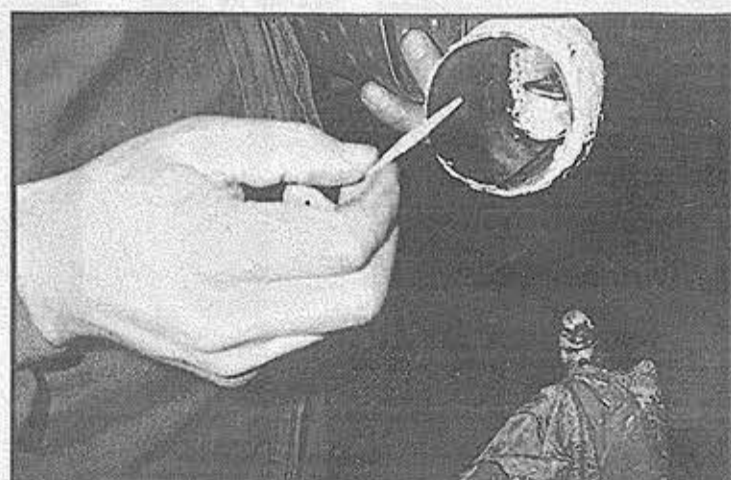
Pero, una vez en el campo, no todos sonarán igual. Aunque Sanmartín los hace completos, con badajo incorporado, tradicionalmente es el pastor el que dará a su rebaño un sonido particular colocando el badajo que él desee, tanto en material como en tamaño.

nuas de fuego vivo y permanente procurando dar vuelta a los objetos para un reparto equilibrado del fundido. Al sacarlas del horno se dejan enfriar una media hora antes de meterlas en agua con el fin de templarlas. Después de esto quedan media hora más fuera del agua antes de quitarles la arcilla, limpiarlas y estar listas para el refinado, colocación del badajo y lustre o abrillantado.

Aunque en los últimos años el artesano de esquilas ofrece al



El esquilero de Mora, Antonio Sanmartín, fabricando un esquila; en las fotos se ve cómo modela la chapa, el esquila casi hecho y el proceso del arcillado



oír la vida

Todavía en muchos pueblos aragoneses las esquilas continúan oyéndose señalando el paso de ovejas, cabras y carneros; ahora bien, no ha sido éste su único uso a lo largo del tiempo. El repiqueteo de una esquila al chocar con la puerta recién abierta de una casa advertía la llegada de alguien; esquilas con collares de cardos empleaban también la noche de San Juan las cuadrillas de mozos para mostrar el poco aprecio que sentían hacia algunas muchachas y esquilas de distintos tamaños eran los instrumentos de burla con los que acompañaban las rondas de boda a las parejas de recién casados mayores, o con uno de los cónyuges viudo, tan conocidas como «cencerradas».

Las esquilas han sido y son las «hermanas pobres» de las campanas y campanillas, pero su sencillez les ofrece una participación jubilosa en el ambiente familiar exentas de protocolo y de las obligaciones, a veces tristes, que han de anunciar aquellas. Oír una esquila es siempre oír algo con vida.

En Mora de Rubielos vive Antonio Sanmartín Edo, uno de los 10 esquileros que todavía quedan en España. Continúa este oficio al que se dedicaron varias generaciones familiares y que, pese a la regresión de la ganadería, es su principal fuente de ingresos, aunque ahora las «esquilas» o «esquillos» tengan, además de los pastoriles, otros usos adaptados a las necesidades y gustos del momento.

comprador la pieza completa, poner el «badajo» es labor propia de los pastores pues con ello podían elegir a su gusto sonidos y materiales. Los pastores guardaban trozos de madera de boj, tea de pino, cuernos de cabra o hueso de oveja para hacer con ellos los badajos. En todos los casos estos materiales se perforaban y atravesaban con un «bailador» también de madera que, con una tira de cuero, cuelgan del asa interior a la esquila.

Las funciones de las esquilas son principalmente marcar la situación del ganado dentro de los pastos, localizar las reses en el campo y guiar los rebaños tras su sonido. Cada una requiere un tipo de esquila.

El esquilero de Mora de Rubielos fabrica actualmente 20 tipos diferentes desde los más pequeños denominados «tafillos» las «bambarras».

El sonido y tono armónico de una esquila, además de los materiales y su tratamiento, depende de la longitud del casco o cuerpo de la esquila y de que haya la menor distancia posible entre la boca del esquila y badajo o percutor. En cualquier caso ha de emitir un sonido agradable, limpio y sonoro. Algo que Antonio Sanmartín, si se acercan a Mora de Rubielos y los visitan, sabe explicar como nadie.

APUDEPA, Acción Pública para la Defensa del Patrimonio.